



BSCAM

La mayoría dice: “no, gracias”

HUGO ESTRADA

Una lamentable constatación: la mayoría de las personas, que acude los domingos a Misa, no comulga. Jesús les vuelve a repetir las palabras del Evangelio de San Juan: “El que come mi cuerpo y bebe mi sangre tendrá vida eterna” (Jn 6, 54). Pero la mayoría dice: “No; gracias”. Los primeros cristianos, que estuvieron íntimamente relacionados con los apóstoles, tomaron muy en serio la Cena del Señor. El libro de los Hechos nos relata que, como no disponían de iglesias propias, se reunían en casas particulares y allí “partían el pan” (Hch 2,42). Repetían lo que Jesús había realizado en la Última Cena, a pesar de la persecución contra los cristianos.

Memorable es el caso del joven Tarcisio: por llevar la comunión a los prisioneros, que iban a ser martirizados, fue apedreado en plena calle; pero no le lograron arrancar la Santa Hostia que escondía entre su túnica. Tarcisio, como los primeros cristianos, creía en la presencia real de Jesús en la Hostia consagrada.

Pasos graduales

No se trata de improvisar, de acercarse a comulgar casi automáticamente. Toda la liturgia de la misa va llevando a las personas, gradualmente, hacia su encuentro íntimo con el Señor. Se inicia enfrentando al individuo con su “yo” por medio de la oración del perdón. Luego viene la lectura de la Biblia, a través de cuyas palabras el Espíritu Santo en-

tra en acción y “convence de pecado” para luego “llevar a toda la verdad”. En la “homilía” el sacerdote comenta el texto bíblico, y exhorta a vivir esas palabras que se acaban de escuchar. Durante el ofertorio no se trata simplemente de presentar pan y vino; es la persona misma que se ofrece a Dios. Ofrece sus cosas.

Se llega a la consagración. Aquí el sacerdote vuelve a repetir los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena. Y llega el momento de la comunión. Comulgar es creer firmemente que nos estamos uniendo con Jesús. No con un Jesús de un libro de historia, sino con un Jesús vivo, que continúa siendo “el mismo de ayer, de hoy de siempre”. Al comulgar, alguien podrá escuchar las palabras del Señor: “Hombre de

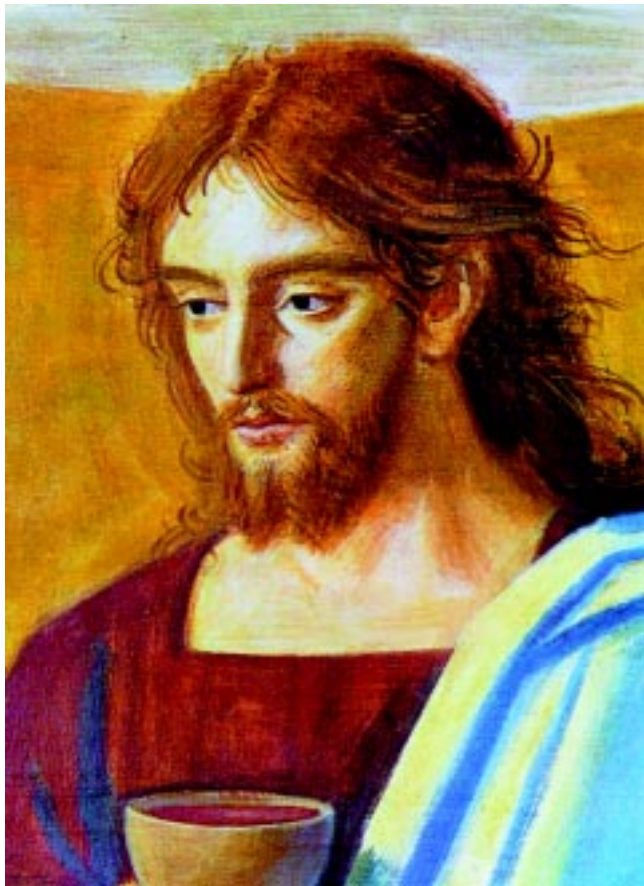
poca fe ¿por qué temes?”. Otro oír que Jesús le dice: “Tus pecados te son perdonados”. Como el paralítico, alguien más recibirá la orden: “Toma tu camilla y vete a tu casa”. Ése es el Jesús vivo de la comunión, de la “común unión”, de Jesús con nosotros y de nosotros con Jesús. No es nada fácil llegar a esta “verdadera” comunión. No hay que extrañarse. Los discípulos de Emaús caminaron varios kilómetros con un “desconocido” antes de poder tener comunión con El, en la posada, y reconocerle al partir el pan.

¿Por qué no comulga?

Cuando se le pregunta a alguno que por qué no comulga, inmediatamente responde: “No me he confesado”. Tal vez sea una manera de salir del paso. Lo cierto es que lo único que nos impide recibir la Sagrada Comunión es algún pecado “grave”. Nosotros no acudimos a la comunión por ser “santos”, sino porque necesitamos que Jesús nos santifique. Se cuenta del capitán de un barco que tenía muy mal carácter, y que acostumbraba comulgar en la Misa todos los días. Un marinero, que no le veía bien, un día le espetó: “Tan mal carácter que tiene, y comulga todos los días!”. Aquel capitán se le quedó viendo y le contestó: “Si no comulgara todos los días, ya lo hubiera echado a usted al mar”. Nosotros no vamos a comulgar por ser “perfectos”. De sobra sabemos que somos débiles. Vamos a comulgar porque sabemos que Jesús es nuestro Pan de vida que nos alimenta y nos purifica.

Nos envían

Narra el primer libro de los Reyes que, un día, el profeta Elías tuvo un momento de crisis en su vida. Se deprimió. Se echó al suelo y pidió a Dios la muerte. Se quedó dormido. Alguien lo despertó; encontró un trozo de pan y agua. Comió y se volvió a quedar dormido. Lo despiertan de nuevo y escucha la voz de Dios que lo encara con su misión de



profeta y lo envía a seguir caminando y hacerle frente a su misión. Como Elías, muchas veces, llegamos a agobiarnos por el peso de las contrariedades. La comunión no es un “tranquilizante”, que nos aparta de nuestros compromisos en el mundo. Todo lo contrario. Nos despierta y nos encara con nuestra misión profética. Jesús no predicó única-

mente: responsabilizó a sus seguidores para que fueran a “hacer discípulos”. Al terminar la Misa, se nos envía al mundo: a la lucha, a las tinieblas, con la misión de ser sal de la tierra y luz del mundo. La comunión es el alimento que Jesús nos proporciona, pero no para adormecernos, sino para despertarnos y enfrentarnos con fe y esperanza a nuestra misión en el mundo.

Hagan la prueba

A las personas que lleguen con ideas no católicas acerca de la comunión, habría que decirles: “¡Hagan la prueba y ya verán!”. La comunión es una experiencia. Un cristiano que ha tenido, de veras, comunión con Jesús, como Elías, no podrá olvidar ese sabroso Pan que le renovó sus fuerzas y lo ayudó a llegar al monte Horeb, el monte de Dios. El novelista Julien Green, observando a algunos cristianos mediocres, que salían de la misa disipadamente, comentaba: “Vienen del Calvario y hablan del tiempo”. Tenía razón. Si alguien ha tomado algunas copas de whisky, todos lo notan: comienza a ponerse bonachón y parlanchín; es evidente el

efecto del licor. Si alguien se ha alimentado, de veras, con el cuerpo y la sangre de Jesús, no puede sino salir brillando del templo y, al mismo tiempo, repitiendo: “Sí el Señor está conmigo, ¿quién contra mí?” (Rom 8,31).